

## LA HISTORIA Y EL ARTE DE LA MEZQUITA DE CÓRDOBA \*

JESÚS MARTÍNEZ-FALERO

### INTRODUCCIÓN

La mezquita es la casa grande de oración de los musulmanes, el equivalente a la catedral, templo de los cristianos.

La arquitectura de una y otra es diferente, pero hay ejemplos muy significativos en los que se ve que una catedral se convirtió en mezquita, como ocurrió con Santa Sofía, cuando cayó Constantinopla en poder de los musulmanes.

La mezquita de Córdoba es de todas las que hemos visto la más grandiosa. En el interior: columnas, arcos, capiteles... elementos de la arquitectura, impresionan al visitan-



---

\* Conferencia pronunciada en la Real Academia de Doctores el 12 de abril de 2000.

te que queda inmerso en una orgía recreada por el sentido de la vista, que persistirá mientras esté dentro del recinto de un bosque mágico, abrumador como una gran fuerza de la naturaleza y perfecto como lo fueron las circunvoluciones de los cerebros que la crearon. Columnas, arcos, capiteles... un delirio de rigurosa geometría y ambición estética.

## TOPOGRAFÍA Y ENTORNO

La mezquita situada al sur de la vieja Córdoba, gran ciudad de todos los tiempos, se encuentra en las inmediaciones del puente romano. Fue un centro importante de Al-Andalus.

Constituye la mezquita un gran rectángulo, de alrededor de ciento ochenta metros de longitud, por ciento treinta de anchura. El recinto techado, lo que es el templo, es casi un cuadrado regular. El resto, en la cara norte, al aire y al sol, lo ocupa el Patio de los Naranjos.

Una muralla llena de complejidades, engloba todo el recinto, por los cuatro puntos cardinales, que aquí tienen su importancia, ya que para el Islam la orientación era fundamental, motivada por circunstancias histórico-geográficas, determinadas por la situación de La Meca, su capital espiritual.

La fachada sur de la mezquita es cerrada, sin aberturas. En ella y por su parte interior, se encuentra la *Kibla*. En rigor debería estar orientada hacia el este, dada la situación de Córdoba con respecto a La Meca, pero los constructores se dejaron llevar por la inercia de la situación de las mezquitas en Siria, ya que La Meca está, efectivamente, al sur de este país.

En la fachada este hay dos puertas: las llamadas *del Sagrario* y *de Santa Catalina*.

En la fachada oeste, las puertas se multiplican: *Palacio*, que durante algún tiempo dio acceso cómodo al Alcázar de los Califas, mediante un paso elevado hoy desaparecido. Las de *San Miguel* y *San Esteban*, ésta quizás la más bella e interesante de todas, que van seguidas de la puerta de *los Deanes* y la más pequeña llamada *de la Leche*, considerada con un portillo accesorio.

Tanto el contorno de la muralla como las expresadas puertas, salvo alguna cuidadosamente restaurada, tiene aspecto de bellas y nobles ruinas. Su importancia es, evidentemente extraordinaria, para los arqueólogos. El interés queda muy menguado para los visitantes corrientes.

Expuestas durante más de un milenio a las inclemencias del tiempo, al fiero sol de los estíos cordobeses y a las raras, aunque violentas, lluvias de sus inviernos, muralla y puertas son solo vestigios.

## HISTORIA

El jueves 17 de julio del año 622 de la Era Cristiana, Mahoma, profeta del Islam huyó de La Meca. Esta precisa fecha marca el inicio de la cronología musulmana.

En la España visigoda, las luchas dinásticas, permanentes y encarnizadas, habían llegado a su mayor crispación. Rodrigo ocupaba el trono. Los hijos de Witiza se lo disputaban. En las discordias, cada bando estaba dispuesto a aliarse con quien fuera, con tal de vencer. Fueron los hijos de Witiza quienes pactaron con los islámicos y éstos invadieron la península. Con sorprendente facilidad obtuvieron la victoria, aunque no para la parte aliada, sino para sí mismos.

En unos cinco años, todo el territorio peninsular, salvo algunos valles del Pirineo o escondido rincón de los Picos de Europa, estaban ocupados por los mahometanos. En el año 714 puede darse por finalizada la conquista.

La mayoría de los hispanos adoptaron con calma la nueva religión, sin violencia. En muchas ciudades coexistieron ambas creencias durante siglos.

Córdoba llamó pronto la atención de los musulmanes que le dieron un cierto rango de capitalidad. Quienes poseían Córdoba tenían privilegio en todo Al-Andalus.

En la ciudad había varios templos cristianos y una basílica, la de San Vicente, que fue repartida mediante capitulaciones, entre los dos cultos, cristiano y musulmán. Las demás fueron demolidas.

## LA MEZQUITA

El mejor acceso al interior de la mezquita es por su cara norte, donde hay dos puertas: la *del caño gordo* y la *del perdón*. Aconsejamos entrar por esta última, en el caso de que esto sea posible. Se haya cobijada por la sombra de la torre barroca, alveolo de sonoras campanas. Se puede observar que dentro de ella, como impactado en la posterior construcción cristiana, se encuentra el antiguo Alminar, desde cuya cima los muezzines, elegidos por su sonora voz, hacían las llamadas a la oración.

Para los islámicos, sólo la fuerte palabra articulada, era digna de tan noble menester. Los cristianos preferían el vibrante timbre del bronce, el sonar de las campanas.

Entremos en el interior de la primitiva mezquita, que se inició en el año 785 por Abderramán I y se inauguró en el año 793 por su hijo Hixém I.

Con la mirada vamos a contemplar la grandeza de la mezquita, símbolo arquitectónico representativo del Califato de Córdoba.

En principio nos fijamos en el suelo, que en la actualidad está cubierto con losas de mármol pero que en su origen era de argamasa mezclada con almagro para darle color y consistencia. Tendría un tono rojizo, como teñido por la sangre vertida en las primeras luchas de banderías musulmanas.

Aunque este suelo se regaba con frecuencia, resultaría inevitable que un tenue polvo impregnara el ambiente; el aire visible como en *Las Hilanderas*, cuadro de Velázquez, comunicaría un efecto de mayor profundidad al bosque de columnas.

Sobre la tierra, que las manos del creyente tienen que tocar durante la oración, se extendían esteras policromas, procedentes de las más importantes industrias artesanas en Córdoba.

Elevemos la mirada. Los fustes de las columnas emergen finos, esbeltos, diáfanos. El que sean de tan escaso diámetro, para soportar el peso que deben sostener, no obedece al capricho estético de sus constructores, si no a una razón funcional, la de facilitar la mayor visibilidad, para los fieles allí congregados. Tales columnas al igual que sus variadísimos capiteles, proceden en parte de la anterior etapa visigótica y se entroncan con la románica. Hay también aportaciones bizantinas y algunos reflejos de arte helénico, sirio y mesopotámico.

Curiosamente, tal diversidad de aportaciones no produce el menor efecto de rompecabezas arbitrario, si no que mantiene un carácter personalísimo, único, original. Esta es una de sus mayores singularidades; la Mezquita reúne *muchos* estilos y tiene un *solo* estilo.

Las columnas están dispuestas en once calles, más ancha la central como un camino solemne entre veredas rectilíneas.

Su orientación va rigurosamente de norte a sur.

En contraste con la austeridad de la piedra, gris o parda, empleada en las construcciones cristianas, las columnas son multicolores. La mirada se recrea en sus alternativos tonos: azules pálidos o densos, verdes cenicientos, encendidos cobrizos y hasta rosados como la piel tersa.

Este amable juego de irisaciones, quiebra toda posible monotonía y contribuye a dar a quien la contempla una sensación de grato ensueño.

En algunas de las columnas puede descubrirse, no sin dificultades, grabado el nombre del cantero que las talló. Es conmovedora esa prueba de modesta vanidad, de unos operarios que quisieron así, sobrevivir en su obra, que consideraron que era buena. En cierto modo, engrandecieron con la firma, su humilde condición.

Miremos después a lo alto y aquí nuestro asombro; nuestro gozo contemplativo alcanzará su grado máximo, su vibración de placer estético, porque veremos en el trazado de las arquerías, el ingenio del hombre y su capacidad de creación de belleza, para llegar a sus más altas cotas.

Las finas columnas se ensanchan, se hacen macizas, robustas a partir de los variados capiteles. Su forma, siempre inmersa en una rígorosa geometría, se hace prismática. Técnicamente se llaman *cimacios* y sobre tales elementos gravita el peso de la techumbre, de los lucernarios, de los canales de piedra para el drenaje de las aguas de lluvia.

Es casi un milagro de equilibrio, de cálculo minucioso el que origina que tan enorme peso, pueda ser sustentado por los delgados y aiosos fustes multicolores. ¿Cómo se logró? Para explicarlo tomamos notas de Leví Provençal y de Torres Balbás, trabajos de la Enciclopedia Historia de España de Menéndez Pidal.



Intervienen dos arcos superpuestos. El más bajo, en forma de herradura, no sostiene nada. Su función exclusiva es la de arriostrar las columnas que quedan, así enlazadas en sus ejes de gravedad, mediante una fina tracería. El superior, es un arco de medio punto, precedente ilustre de lo que después se vería en el románico y más tarde en toda la arquitectura renacentista.

Estos arcos son los que apoyados en los cimacios, sostienen el peso de la techumbre, sin preocuparse de distribuirlo equitativamente, sobre las columnas, ya que de eso se encargan los más bajos, de herradura, con lo que se logra un conjunto de armónica perfección a la vez que una seguridad arquitectónica.

Pero a aquellos habilísimos constructores, no les bastó con esta ingeniosa solución. Quisieron que el efecto artístico de su obra alcanzara mayor atractivo y en unos y otros arcos, alternaron las *dovelas* o bloques de piedra con hiladas de ladrillos rojos, puestos de canto y así la vista se recrea en esa alternativa de blancos y rojos que comunica al conjunto una apacible sensación de ingravidez.

De todo este conjunto de soluciones, había, sin duda, antecedentes que pueden hallarse en acueductos y en basílicas de los últimos tiempos del Imperio Romano, pero nunca se había logrado una combinación tan bella y tan extensa. Alguien tuvo tan feliz conjunción de ideas, con las que calculó y resolvió tan asombrosamente, una solución de problemas arquitectónicos, a un tiempo plenamente eficaz y gratamente hermosa. Las gracias que más debería recibir, son las de nuestro admirado asombro.

Finalmente dirijamos la vista al techo. Vigas y grandes tableros de madera, delicadamente policromados, forman un artesonado de singular atractivo. Se han contado más de setenta motivos decorativos diferentes. Consta que en el siglo XII, la cubierta superior era de tejas.

## **BREVE HISTORIA DE LA PRIMITIVA MEZQUITA**

Abderramán I pertenecía a la dinastía de los Omeya y fue el primer Emir de Al-Andalus.

Los Omeya eran descendientes directos del Profeta y se disputaban con los Abásidas, el poder en el Islam. Triunfaron éstos y los Omeya fueron, prácticamente aniquilados. Alguno consiguió salvarse y fue este Abderramán I quien, tras no pocas vicisitudes, logró hacerse con el mando supremo de la España musulmana.

Adoptó el título de Emir que significaba príncipe, caudillo y ejerció el poder real durante treinta y dos años (756 al 788), desde la capital cordobesa.

Cuenta Ibn Idzari en su obra «Bayán al-Mugrib»

*«...Cuando se acrecentó el número de musulmanes en Al-Andalus y floreció Córdoba y se aposentaron en ella los príncipes árabes con sus ejércitos, aquella mezquita, la mitad de la dividida Iglesia de San Vicente, les resultó insuficiente y hubieron de colgarle tribunas, sufriendo los fieles, a causa de la angosturas, grandes molestias.*

*Cuando Abderramán entró en Al-Andalus y habitó Córdoba, se interesó por este asunto cuidando de ensanchar y perfeccionar su construcción. Llamó a los mozárabes de Córdoba - los cristianos instalados en el orden islámico - y les pidió la venta de la parte que poseían de la Iglesia mencionada, remunerándoles espléndidamente por ellos, en cumplimiento del pacto por el que habían capitulado y permitiéndoles la reedificación de aquellas Iglesias de las afueras de Córdoba que habían sido demolidas en el tiempo de la conquista. De esta manera abandonaron su parte que el Emir incorporó».*

Consta que Abderramán tuvo graves problemas de conciencia antes de proceder así. Romper, por su propia voluntad, unas capitulaciones con su palabra empeñada, era algo inadmisibles para el acrecentado sentido del honor, que fue característica moral de la época. Así llegó a pagar a los cristianos nada menos que 100.000 dinares por la parte que le correspondían, cuando el total de las obras efectuadas a continuación, sólo ascendió a 80.000. Añade Ibn Idzari:

*«...Dio comienzo al derribo de la Iglesia y a la edificación de la Mezquita en el año 785. Su construcción, una vez completas sus naves y cerrados sus muros se terminó en el 786, todo en el espacio de un año».*

Resulta casi increíble que en este corto período de tiempo, pudiera alzarse un edificio tan enorme, tan minuciosamente estudiado y construido con tanto primor; pero todos los datos coinciden que esto fue así y no puede discutirse, únicamente cabe asombrarse.

Tranquiliza un poco, pensar que el segundo Emir, Hixém I, hijo del anterior y que reinó ocho años (788-796), completara la obra de su padre. Según los textos de Ibn Idzari:

*«...añadió al lugar desde donde se llamaba a la oración, un minarete de cuarenta codos de alto, construyó detrás de la Mezquita unas galerías donde las mujeres - que no tenían acceso al recinto sagrado - pudieran hacer sus plegarias e instaló la fuente de las abluciones».*

## **AMPLIACIÓN DE ABDERRAMÁN II**

El cuarto Emir de Al-Andalus volvió a llamarse Abderramán como su abuelo. El nombre parecía sentarle bien a la Mezquita, porque la amplió considerablemente.

Aunque siguió usando todavía el título de Emir, ya adquirió Abderramán II lo que podríamos llamar «estilo califal».

El título de Califa, príncipe de los creyentes, era el máximo grado que podía alcanzarse en la jerarquía musulmana. Se rodeó de gran pompa en todos sus actos. Fue amigo y protector de poetas, filósofos y juristas.

Reinó Abderramán II treinta años. Su ampliación se extendió en ocho tramos de columnas, lo que significaba unos veinticinco metros más de fondo por el mismo ancho que tenían las naves anteriores, de unos 73 metros y aumentó el aforo en casi siete mil fieles.

Se iniciaron las obras en el año 833, cuando llevaba Abderramán II once de reinado. Hay que agradecer a los continuadores de la obra, el buen gusto, del que dieron prueba al mantener sin ninguna variación, con todo rigor, el mismo aspecto que tenía la edificación anterior.

El *Mihrab*, al que llegaremos al alcanzar el lugar donde ahora está situado, se desplazó hacia el sur. El muro exterior que cerraba la Mezquita, fue perforado con el fin de comunicar la parte nueva con la vieja. De ese modo una hilada de columnas quedó sustituida por los contrafuertes.

Con cierta dificultad se percibe el leve cambio de los capiteles que rematan las columnas. En el primitivo templo aprovecharon los de antiguos edificios, romanos o visigodos, demolidos. Tal vez ya no quedara ninguno y por eso hubo que tallarlos de nuevo. También aquí se respetaron, mediante la imitación los estilos y las formas anteriores.

Abderramán II añadió la parte ornada de pilastras, que tiene cincuenta codos de largo por ciento cincuenta de ancho. Su edificación fue terminada en el año 848.

Dice Ibn Idzari en su «Bayán al-Mugrib»:

*«...cuando estos trabajos estuvieron terminados, entró en el templo e hizo fervorosas plegarias...lo que movió a Musa Ibn Said a decir: «el Imán acaba de manifestar su humildad, pero probando a la vez, su piedad y su fortuna. Ha construido una Mezquita que no tiene par en el mundo y ha rogado por mostrar su gratitud al Señor del trono...».*

Después durante casi ciento treinta años, pocas novedades se pueden consignar en la Gran Mezquita.

### **ABDERRAMÁN III**

Reinó durante casi cincuenta años (912-961) y en una etapa de mando tan dilatada, da tiempo para hacer muchas cosas.

Fue el que encargó la construcción del Alminar, el más bello y monumental de todos los de Occidente.

Durante dos siglos sirvió de modelo para los que se levantaron después, entre ellos los de las Mezquitas de Marrakex, Rabat y Sevilla.

El Alminar se construyó con grandes piedras de sillería alternando dos de cuarenta centímetros, colocadas de costado, con una de frente, de longitud entre setenta y ciento cincuenta centímetros. Se unieron con yeso y de trecho en trecho se abrieron agujeros para meter vigas de madera, hoy muy deterioradas, con el fin de dar cohesión a los muros.

El interior de la torre estaba dividido en dos partes, por un muro de dirección norte sur y en cada una se desarrollaba una escalera, a una de ellas se entraba desde la calle y a la otra desde el patio. Contaba cada una con 107 peldaños.

Encima de la cúpula había tres bolas, granadas o manzanas de cobre, ensartadas por una vara metálica. Las de los extremos estaban doradas y la del centro plateada. Remataba el Alminar una pequeña granada de oro.

Este Alminar de la Mezquita fue una obra monumental, digna de la grandeza del Califato, exponente del arte refinado y lujoso que después iba a continuar en el esplendoroso salón de Medina Azahara.

El Alminar se transformó en campanario cristiano en el año 1236. Un huracán acompañado de fuerte movimiento sísmico, ocurrido en el año 1589, debilitó su estructura. Para consolidarlo se demolió el cuerpo alto que estaba en ruinas y el inferior se revistió de sillería al tiempo que se reforzaron las escaleras interiores. Quedó así la parte musulmana oculta por dentro y por fuera.

El arquitecto Félix Hernández, quitó algunos de los sillares yuxtapuestos, lo que permitió reconocer como estaba definido el primer cuerpo, convertido desde el siglo XVII en la torre campanario que se contempla en la actualidad.

Abderramán III, se atribuyó de manera categórica el título de Califa.

En alarde de magnanimidad y justicia, prometió el perdón a todos los que depusieran las armas, devolvieran castillos y ciudades y anunció un castigo ejemplar a aquellos que faltaran a la obediencia. Con esta política impuso su hegemonía en toda la España musulmana: árabes, berberiscos y españoles.

Su reinado constituye el apogeo de la dominación musulmana. Buen administrador, repuso las arcas públicas, incrementó el comercio, fomentó la agricultura, la industria, la literatura y la enseñanza y creó una marina poderosa que se hizo dueña del Mediterráneo.

En su tiempo fue cuando Córdoba y Al-Andalus adquirieron su máximo esplendor. Por todo esto sus contemporáneos y la posteridad le apellidaron *El Grande*. No cabe duda de que el Califa Abderramán III tuvo un peculiar sentido de esa grandeza. Varios escritores de su tiempo le atribuyeron la siguiente frase: *«los monarcas perpetúan el recuerdo de su reinado mediante el lenguaje de bellas construcciones. Un edificio monumental refleja la majestad del que lo mandó construir»*.

Consideran también los historiadores, entre ellos Ibn Idzari, que de sus rentas que ascendían a la fabulosa cifra de seis millones y medio de dinares al año, las empleaba en tres partes: una para pagar al ejército, otra para los gastos de su suntuosa corte y la tercera para costear nuevas construcciones.

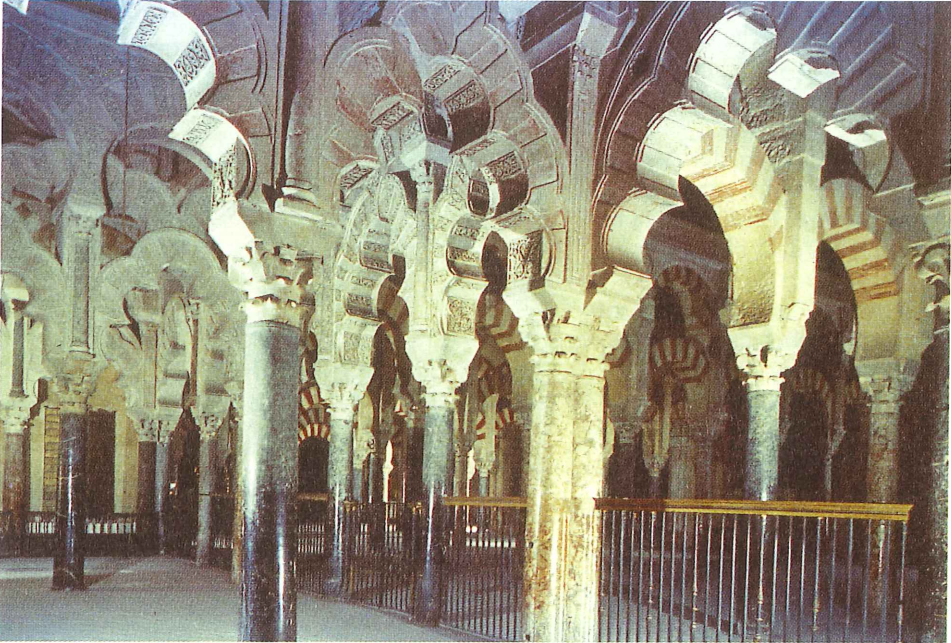
Casi todos los caudales que constituyeron esta última fracción, los destinó el opulento califa, a lo largo de veinticinco años, a la edificación de Medina Azahara, ciudad para el recreo de su corte. Iniciada su construcción a finales del año 936, fue destruida setenta y cuatro años más tarde. En el año 1010 los berberiscos, la saquearon y la incendiaron.



## AMPLIACIÓN DE AL-HAKEM II

El día 16 de octubre del año 961, fecha en que fue elevado al trono el Califa Al-Hakem II, dio su primera orden: agrandar la Mezquita, con lo que empieza su época más brillante.

El edificio fue alargado hacia el sur, formando un gigantesco rectángulo.



En esta época se abrieron once arcos en el muro exterior del templo, se ampliaron las naves y se añadieron trece nuevos tramos de columnas.

Durante su mandato fue construido en la parte sur, el famoso Mihrab, cuyo decorado se considera, en la actualidad, como la obra de arte bizantino más importante de España.

El Mihrab, en muchas mezquitas es solo un nicho, un hueco en el muro. En las de mayor importancia, como en la Gran Mezquita de Córdoba, llega a ser una impresionante sala, donde resonaba la voz del Imán. Se puede contemplar la riqueza de formas y la suntuosidad decorativa. En los últimos tramos nos asombra la complejidad de los arcos, que sin perder la característica de su graciosa duplicidad, se enriquecen en perfiles, constituyendo una arquería entrecruzada de exquisita originalidad.

En las paredes laterales, se pueden observar bellísimos mosaicos bizantinos, con elementos florales desposeídos de su anárquica forma vegetal, para convertirse en elegante geometría.

Desde el techo hasta el suelo, esta opulencia casi delirante de formas y colores, emborracha nuestra mirada.



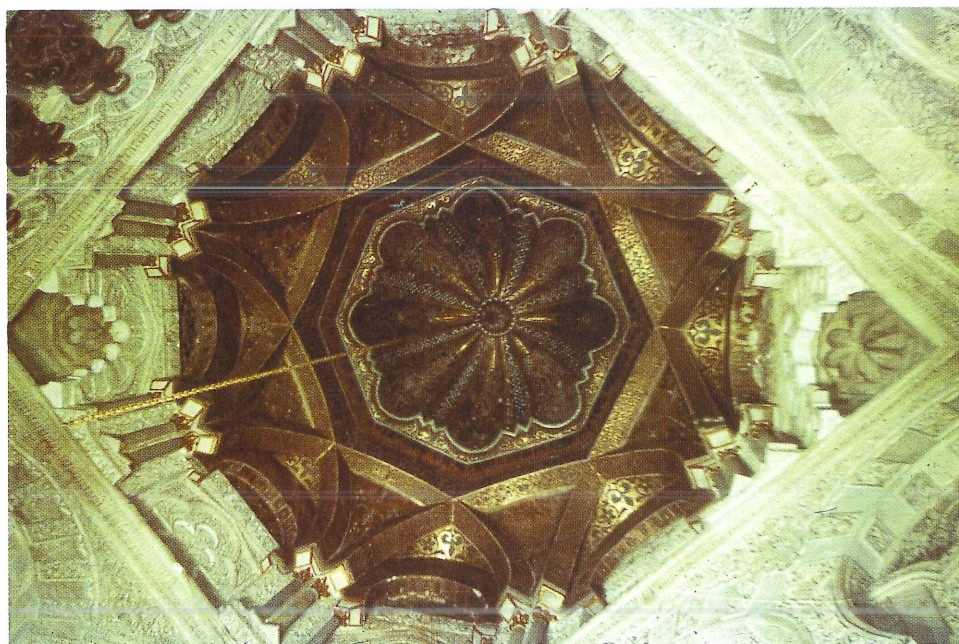
Se comprende perfectamente el deslumbramiento del poeta cuando dice: *«Brilla el oro en sus techos, como el relámpago que cruza las nubes»*.

El Mihrab queda cerrado en lo alto, en el techo octogonal por una cúpula de gran estética y en su centro una concha de una sola pieza de líneas y volúmenes, todo muy equilibrado.

A la izquierda del Mihrab, encontramos otras arquerías superpuestas, que configuran la llamada capilla de Villaviciosa.

También fue obra del Al-Hakem II la fachada de la Mezquita en la parte occidental.

Tengamos en cuenta que este Califa, era un erudito y gran bibliófilo, que aun siguiendo las normas de sus predecesores, aumentó los adornos en la decora-



ción, con innovaciones estructurales, que hacen de esta parte la más espectacular del templo.

Para descansar de la contemplación de tanta belleza artística, entremos en el Patio de los Naranjos, extenso, claro, tranquilizador. Así cantaba al naranjo el poeta Ibn Sara, en el siglo XII: «...*el naranjo nos muestra sus frutos que parecen lágrimas coloreadas de rojo por los tormentos del amor*».

Tales naranjos no decoraban el patio de la mezquita, en la remota época de su construcción. Fueron importados de Oriente y se aclimataron bien en nuestras tierras, dos siglos después.

En principio eran otros los frutales que ambientaban gratamente el lugar. Entre ellos los membrilleros, que también tuvieron su poeta, Chafar Ibn Utman, que en el siglo X, describía así al membrillo: «*Tenía un vestido de pelusa cenicienta que revoloteaba sobre su liso cuerpo de oro...*».

El agua, tan estimada por los musulmanes, es un elemento importante en el Patio. El agua que acaricia a la vez la mirada, el oído y el tacto. Alberca, estanques, surtidores. Agua quieta que refleja. Agua agitada, saltarina, que canta con un susurro melancólico. El citado poeta Ibn Sara, nos dice: «*¡Qué bella la alberca refrescante! Parece una pupila rodeada de pestañas, que son flores. ¡Qué bello el surtidor, que apedrea el cielo con estrellas fugaces, que saltan como ágiles atletas...*».

En la galería occidental del Patio cobijados bajo los robustos pórticos, daban sus lecciones los Ulema, sabios conocedores del Corán y de las tradiciones proféticas, sin que faltaran las disensiones teológicas, que a menudo, llegaban a la violencia. En este mismo lugar hablaba y era escuchado siempre con deleite, aunque no convenciera en algunas ocasiones, Ibn Hazzam, gran poeta autor del famoso «Collar de la paloma» y también aquí, siglo y medio más tarde, hacia el año 1195, el filósofo Averroes, exponía sus doctrinas, apasionado con la lógica de Aristóteles, que a través de él, iba a incrustarse en la teología cristiana, sobreponiéndola, a menudo, a las tradiciones islámicas.

Cuando a sus enemigos se les acabaron las razones, se refugiaron en el recurso de la defensa a pedrada limpia, sucia diríamos, que era un poderoso argumento teológico, aunque raras veces haya demostrado poseer auténtica eficacia.

Bajo esta misma galería y en la de enfrente, lado oriental, cuestionaban a veces con igual pasión los alfaquíes, hombres de leyes, tan estimados siempre en el Islam.

## AMPLIACIÓN DE ALMANZOR

Almanzor llamado «*El Victorioso*» nació en el año 939, derrotó repetidamente a los reyes cristianos, hace más de un milenio. Es hermoso que los vencidos hayan seguido honrando y respetando durante tal dilatado tiempo a su vencedor. Como símbolo, se alza blanco de nieves y a menudo aureolado de nubes, el pico Almanzor, en la Sierra de Gredos, en el corazón de la península, majestuoso con 2.650 metros de altura.



Almanzor ha sido una de las más brillantes personalidades de la historia universal. Pertenece a una familia noble. Su linaje, árabe puro, procedente de los primeros conquistadores. Inteligente, tenaz y en ocasiones, de manera inevitable, sin escrúpulos.

Empezó su carrera política, en los primeros escalones, como simple escribano. En el año 967 era empleado subalterno del Cadi. En solo nueve años asciende vertiginosamente: Intendente de los bienes del príncipe heredero, director de la Casa de la Moneda, Tesorero, Cadi de Sevilla y Niebla, Intendente del Ejército, Visir y Jefe Supremo.

Con gran habilidad, arrumbó al Califa de Córdoba Hixém II, en el año 976, hasta que finalmente se convirtió en dueño absoluto del poder. Durante veinte años fue el jefe incuestionable de la España musulmana. Derrotó en todos los frentes a los monarcas cristianos. Tomó León, Zamora y en el año 994, la remota Santiago de Compostela, de donde regresó con un copioso botín, en el que figuraban, como espectacular presa, las campanas de la catedral.

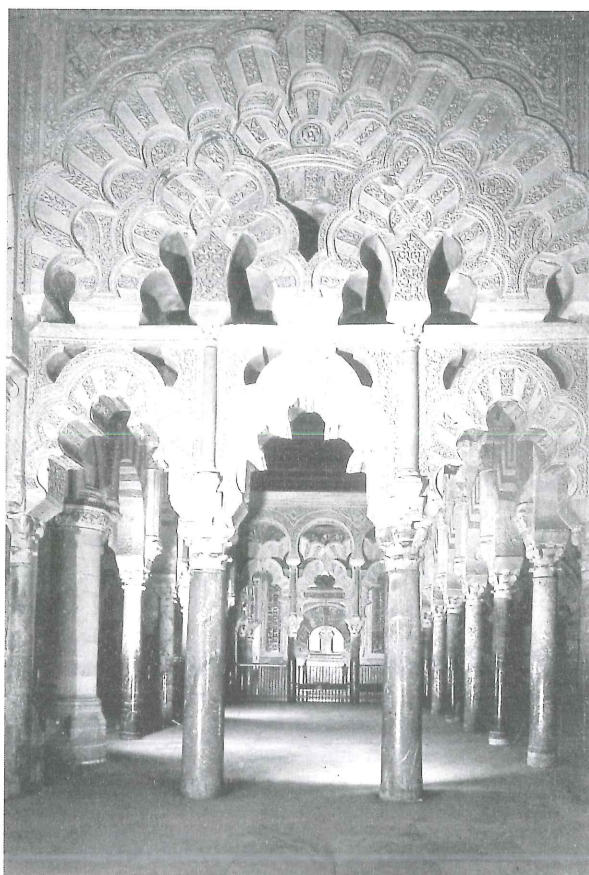
Murió a los 62 años, en el 1002, apenas iniciado el siglo XI, en Medinaceli, después de la batalla de Calatañazor. Es un personaje de Historia y Leyenda.

Realizó la última ampliación de la mezquita, ensanchándola. A las once naves, cuidadosamente mantenidas se añadieron ocho, en total diecinueve. De este modo la mezquita llegó a tener una capacidad para cincuenta mil fieles.

Es noticia conocida que el propio Almanzor trabajó con sus manos en la construcción y a deducir de cuanto sabemos de su temperamento, no es probable que se conformase con el simbólico gesto de colocar una «*primera piedra*».

Procuró dar a su obra, solidez y perfección y no es inferior en calidad a ninguna de las ampliaciones anteriores. Es posible que el ornato, la finura y el preciosismo no esté tan acusado como el resto, pero es evidente, que se mantuvo la unidad y esto es lo importante.

Introdujo arcos polilobulados, que aumenta, si esto es posible la singular belleza de toda la construcción.





Para llevar a cabo su ampliación tuvo un cuidado exquisito para comprar las fincas vecinas a la mezquita, cuya demolición era necesaria, pagando un precio equitativo como indemnización.

Para ilustrar la humanidad con que fueron llevadas a cabo las expropiaciones, ha llegado hasta nosotros, la pintoresca anécdota de una vieja que se negaba a abandonar su casita, donde había residido largos años. Almanzor, pese a su incuestionable poder, procedió con elegante tacto. Piedra a piedra y ladrillo a ladrillo, desmontó y reconstruyó la casita de la vieja, en otro lugar elegido por ella, sin olvidar la fuentecilla del patio y hasta una palmera que fue cuidadosamente trasplantada.

Con esta definitiva ampliación de Almanzor, se terminó la edificación de la Gran Mezquita.

Refiere Maqqari, que cuando volvió Almanzor victorioso por la toma de Santiago de Compostela, entró en Córdoba, acompañado de un gran número de prisioneros cristianos, que cargaban con las puertas de la lejana ciudad de Galicia y con las campanas de su venerado santuario.

Las puertas se colocaron en el techo de la Mezquita aún no terminada y las campanas se colgaron, como después comentaremos, para servir de impresionantes lámparas.

Muerto Almanzor, en poco tiempo, se derrumbó el poderoso reino musulmán, por las guerras civiles y terminó fragmentándose en pequeños reinos de taifas. Pero la Mezquita estaba terminada, erguida y allí sigue, asombrando al mundo de las construcciones de su época, como un testimonio, único, vivo y admirable.

## CÓMO ERA LA ILUMINACIÓN DE LA MEZQUITA

Las informaciones recogidas, sobre cómo los musulmanes iluminaban la Mezquita, son sorprendentes y la realizaban, más o menos así: unas cadenas doradas, colgadas del centro de la cúpula sostenían un gran recipiente de plata que cobijaba en su interior 1.454 candilejas, flotando en aceite.

La tímida luz de un pabilo, apenas consigue romper la oscuridad en torno a su llamita, pero millar y medio de tan débiles luces, proporcionarían una abundante iluminación, no deslumbradora, sino suave y tamizada que habría de reflejarse en la cúpula, desde donde se difundía.

Además, prácticamente de cada intercolumnio, pendía una lámpara con varios pabilos, de modo que la cálida luz, se extendía por todos los arcos a lo largo y a lo ancho de toda la Mezquita.

A esta estudiada iluminación añadió, cientos de candelas, cuyas llamas daban reflejos más vivos y colgó las campanas que trajo como botín, de Santiago de Galicia, boca arriba, llenas de aceite para dejar flotar en él, cuantas candilejas fuera posible. De ese modo perpetuaba su hazaña y alteraba significativamente el uso de las campanas. Antes emitían ondas sonoras, después ondas luminosas; todas servían para cantar la Gloria de Dios.

Pero nadie, en el asunto de la iluminación de la Mezquita, puede ilustrar mejor nuestra fantasía, que el gran historiador Leví-Pronvençal cuando dice:

*«Para valorar plenamente el arte de la mezquita cordobesa hemos de imaginarla en una de esas noches del Ramadán, con sus centenares de candilejas encendidas y el centro de máxima luz en los tres tramos cubiertos con cúpulas inmediatas al mihrab, en contraste con las naves apartadas, en sombra. En aquellos, las múltiples luces harían brillar los mosaicos de fondo de oro y azul, a la vez que resaltaba la policromía de la techumbre y de la profusa decoración con esplendor extraordinario. Las arquerías superpuestas y entrecruzadas, destacando recortadas sobre un fondo fuertemente iluminado, parecerían más aéreas y sutiles. Y la sensación del espacio ilimitado que actualmente nos produce el interior desde algunos lugares, sería mayor al perderse en una lejana penumbra las arquerías extremas. Sin luz artificial semejante a la que tuvo cuando fue oratorio islámico, la belleza de la Mezquita de Córdoba quedaría mutilada».*

## SERVICIO DE LA MEZQUITA

Muezzines de recia voz en el alminar. Imanes sapientes buenos oradores. Encargados de la vigilancia y buen orden. Servidores asiduos para la limpieza general y el cuidado de las lámparas.... En total una verdadera comunidad escrupulosamente organizada y con la debida jerarquía, se ocupaba del servicio del templo tanto en su aspecto espiritual como en el material.

El rito usado en el ceremonial era el *maliki*, considerado el más puro y ortodoxo. Este rito *maliki* había sido fundado por un sabio doctor de Medina llamado Malik Ibn Anas, de quien tomó su nombre. Se sustentaba, esencialmente, en la ciencia jurídica. La pura espiritualidad hacia la que se inclinaron otras sectas de tendencia mística, se hizo siempre sospechosa de herejía a los ojos de los metódicos *milikíes*.

Pero no era solo la Mezquita centro de la vida religiosa, si no también de la pública. Sabemos que en ella, se administraba justicia, se discutían públicamente cuestiones teológicas, litúrgicas, jurídicas, morales.... Era cátedra y asamblea y además centro político. Allí se hablaba de cuestiones de Iglesia y Estado, ya que para los musulmanes, ambas eran una misma cosa. Así, desde el mihrab se promulgaban leyes, decretos y otras disposiciones reales. Allí se hacían los llamamientos para la guerra y se informaba, luego, de la marcha de las campañas. Se anunciaban las victorias y es de suponer, como siempre ocurre, que se silenciarían las derrotas. Lo que nunca quedaría callado sería, a buen seguro, el rumor, el comentario, las hablillas. Cuando hay una «verdad oficial», queda hueco para que puedan correr las verdades o las mentiras populares. Allí se bendecían las banderas. Allí eran aclamados los caudillos que regresaban victoriosos. Allí se depositaban los trofeos ganados al enemigo.

Si la historia privada se tejía, como en todas partes, en los alcázares reales, la historia pública, la más vigorosa y emocional, se cobijaba entre el recinto geométrico de las columnas y convertía las sonoras bóvedas en magnífica caja de resonancia.

Pero también había vida dominada por la sensualidad. Hay una tendencia muy generalizada que piensa que el libertinaje en las costumbres era norma entre los islá-

nicos, tanto de Oriente como de Occidente. Leví-Provençal, historiador ya aludido, llega a escribir:

*«amigarse con afeminados o mujeres de mala vida y pasar las noches en la taberna, entre los vapores de la embriaguez eran, evidentemente, cosas tan corrientes en Córdoba como en Bagdad o en cualquier otra parte, en la misma época».*

Sin embargo las costumbres licenciosas eran reprimidas desde la cátedra de la Gran Mezquita, en nombre de los principios de moral establecidos en las leyes coránicas.

La sensualidad desmedida era, allí y entonces, tan pecaminosa como en otras épocas y lugares. Los mahometanos pecaban porque el ser humano no es sólo materia agélica, pero reconocían su falta y se avergonzaban de ella.

El poeta Ibn Hazzam llegó a escribir en «El Collar de la paloma»:

*No hagas que tu alma siga la pasión*

*y deja de exponerte a los peligros.*

*Vivo está el demonio, no ha muerto*

*y el ojo es puerta de la tentación.*

## LA CRISTIANDAD EN LA MEZQUITA

El día 29 de junio del año 1256, en el curso del más vigoroso y extenso empujón de la Reconquista, Córdoba fue ocupada por las tropas del Rey Fernando III de Castilla, llamado el Santo y, efectivamente, canonizado.

Córdoba fue musulmana durante 544 años y viene siendo cristiana desde hace 744 años.

En los primeros tiempos de la dominación cristiana, ésta apenas afectó a la fábrica y aún a la ornamentación de la Gran Mezquita. Muchas de las pequeñas fueron demolidas. Otras se adaptaron al nuevo culto. La Mayor permaneció prácticamente intacta.

Asombrados por su espléndida belleza, los recios conquistadores demostraron poseer una estimable sensibilidad.

Naturalmente que se habilitaron algunos altares para el culto cristiano. La cruz substituyó a la media luna y se colocaron imágenes sagradas, entre ellas a la Virgen, ya que se puso bajo la advocación de la Asunción, con el nombre de Santa María Mayor.

La presencia de tallas que reproducían la figura humana, destacaba sobre la ornamentación, estrictamente de motivos geométricos, en el templo musulmán.

Una de las cosas que más encarnizadamente dividían a islámicos y cristianos era, justamente, el uso de tales imágenes.

Los musulmanes, como los israelitas, consideraban sacrílega la escultura figurativa y fundamentándose en esa cuestión, meramente externa, acusaban a los cristianos de idólatras.

Dos años después de la ocupación, el obispo don Fernando de Mesa, hizo levantar algunas modestas capillas de estilo mudéjar.

Después de un siglo, en 1371, Enrique de Trastámara estableció algunas nuevas y leves modificaciones en el mismo estilo, siempre en partes no esenciales del edificio.

Ya en 1489, la capilla mayor fue reconstruida en estilo ojival. El gótico ya había culminado. Isabel la Católica protestó de lo que consideraba un quebrantamiento de estilo, pero la queja de la poderosa reina no sirvió de nada. El Cabildo se salió con la suya. Pero en el año 1523, el propio Cabildo catedralicio, a instancias del obispo don Alonso Manrique, decidió demoler parte del edificio con el fin de construir, dentro de la propia mezquita y como incrustada en ella, una catedral en el estilo propio de la época. El propósito no careció de impugnadores. El Concejo municipal se opuso enérgicamente. Se produjo la inevitable fricción de jurisdicciones. El rey Carlos, emperador de Alemania, casi omnipotente, tuvo que dirimir la cuestión.

Consta que en principio, se mostró de acuerdo con el Concejo, pero al fin la tenaz obstinación del Cabildo logró, a regañadientes, la venia real.

Una catedral, con todos los elementos que entonces se consideraban indispensables para el culto: altar mayor, coro... fue erigida. Aun siendo de notables proporciones, ocupa apenas una catorceava parte de la planta cubierta de la Mezquita.

El estilo de esta catedral nueva, y ya vieja de casi cinco siglos, contiene elementos góticos, junto con otros renacentistas. En términos generales no es ninguna maravilla, aunque algunos entornos, como el trascoro, se hicieron con bastante fortuna.

Fue un error, evidentemente, pero una equivocación con más de cuatrocientos cincuenta años a la espalda, ya merece que sea perdonada. La historia es piadosa.

Cuando el César Carlos visitó la Mezquita, ya perpetrada la arrebatada arquitectura, se indignó y dijo cosas bastante fuertes, entre ellas: «...*habéis deshecho lo que era singular en el mundo*».

Pero allí está la nueva fábrica, de piedra sólida y sombría, grave y austera, con esforzada tendencia hacia lo alto, emergiendo del conjunto ligero, vivaz, polícromo, y en placentera extensión hacia lo ancho de la Gran Mezquita, que con todo merecimiento fue declarada MONUMENTO NACIONAL, por Real Decreto del 21 de noviembre de 1882, durante del reinado de Alfonso XII y elevada a la jerarquía de MONUMENTO UNIVERSAL, en el año 1973, por decisión de la UNESCO, organismo cultural de las Naciones Unidas.



## EPÍLOGO

Hemos tratado con el estudio de la Historia y el Arte de la Mezquita de Córdoba, resaltar todo lo que es impresionante en este importantísimo Monumento, pero antes de terminar haremos algunas reflexiones, que sacadas de nuestra experiencia, pueden ser útiles al visitante.

Entren, caminen sin prisa por la nave central. Desvíense luego, por las laterales hacia su derecha. Miren al suelo, donde el mármol refleja arcos y capiteles. Al frente, las filas de columnas, que se alargan con sensación infinita. A lo alto, el elegante y singular trazado de las arquerías.

Sigan caminando, traspasen la primitiva mezquita y las sucesivas ampliaciones, hasta llegar al fondo, donde la riqueza ornamental y la majestuosidad de sus formas suscitará su admiración. Continúen paseando de este a oeste, es decir de derecha a izquierda, hasta llegar al mihrab, donde contemplarán la obra más exquisita de la última ampliación.

Al regreso vean la incrustada Catedral de piedra, más moderna, y efectúen el recorrido inverso para salir.

Les recomiendo un pequeño experimento. Cuando se encuentre en medio del bosque de columnas, de pie, entre cuatro de ellas, miren alternativamente, por las naves perpendiculares y diagonales. Verán el mismo efecto de profundidad, de lejanía, y admiren una bella particularidad. En las naves perpendiculares las columnas se les ofrecen con toda su gama de coloraciones y en las diagonales las observarán todas del mismo color. De esta manera disfrutarán de una orgía visual polícroma.